LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 15 de Julio de 1916

AÑO XII | No se devuelven los originales | Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2 | Número suelto cinco céntimos | N.° 617

Ateísmo práctico

Ateísmo práctico denominamos el que cunde por esta sociedad moderna, apenas se desvían escritores y oradores de las normas marcadas por la Iglesia Católica en el creer y en el obrar. Así intitula también un insigne jesuita su magistral artículo en una publicación piadosa. Y es que, como los teólogos afirman, no se concibe el *ateísmo teórico*: las argucias que cabe alegar en este punto son burbujas que se disipan al menor soplo de la lógica y del sentido común.

Otra cosa acaece, si se trata del ateísmo práctico. De dos maneras se ostenta esta terrible enfermedad que va tomando proporciones aterradoras: ora niega expresamente la existencia de Dios sin razón alguna, si no es la de *desear* no exista porque sus obras son indignas de la Santidad y Justicia infinitas; ora se pretende arreglar la vida y pasarla lo mejor posible sin contar con la Divina Providencia.

Este segundo aspecto del ateismo [illegible] tores de la vida humana. El autor a que aludíamos arriba, lo examina en los libros, porque hay infinidad de ellos que andan en manos hasta de católicos, que o no nombran apenas a Dios o sólo lo hacen por incidencia; o si hablan de Dios hacen caso omiso de Jesucristo y de la Religión Católica: si acaso hablan de estas cosas santas como si se tratase de cualquier personaje hereje, filósofo de nota, de artista sobresaliente o mahometana, pongo por caso.

Si fijamos la atención un poco en estas publicaciones y en muchos oradores a la moderna, no hay duda que merecerán ser catalogados entre los que se inspiran en el racionalismo, en el naturalismo y en el escepticismo ecléctico, formas de que se reviste el ateísmo práctico a que nos venimos refiriendo.

No hay duda que esos libros, por ejemplo los de Pedagogía de la escuela de Marden, contienen mucho de bueno y mucho de nuevo.

Pero nótese con el autor de referencia que lo bueno que encierran no es nuevo y lo nuevo no es bueno; aparte de máximas, sentencias y procedimientos triviales, sugestionadores y engañosos para los que están dispuestos a dejarse engañar. Lo bueno que leemos en esas páginas lo han dicho en mil formas nuestros autores ascéticos, los pedagogos católicos, los predicadores y directores de las conciencias. Pero como todos éstos les aprietan las clavijas de la conciencia, buscan con afán los otros libros y maestros que no reprenden sus vicios ni intranquilizan sus conciencias.

El ateísmo laborado que está envenenando las conciencias a título de triunfar *ilusonariamente* en la vida, adolece de los vicios irredimibles de no contar con la felicidad de la otra vida mutilando de esta suerte la conciencia y el alma humana que necesita ese acicate y esa compensación; prescinde además de los Mandamientos de la ley de Dios, únicos que tienen fuerza de obligar por proceder del único que puede mandar al hombre; y, prescindiendo de otros defectos, tampoco cuentan con la gracia de Dios sin cuyos auxilios y luces es deleznable el esfuerzo humano, sobre todo si ha de vencer a las pesiones.

Prescindimos ahora de esos otros alardes de ateísmo, inconsciente la mayor parte de las veces, de los sectarios, de que son tipos nuestros socialistas, porque se trata de verdaderos ciegos que pretenden guiar a otros ciegos para que todos caigan en el abismo del error y por contera se pierdan las almas de sus desgraciados secuaces. Son oleadas de la soberbia y de la inquina sectaria, sólo explicable en aquellos a quien Dios deja de su mano, y no precisamente porque así lo quiera el Señor, sino porque satánicamente se apartan de sus brazos para alistarse en las filas le Satán y luchar las siniestras campañas libradas en la Ciudad maldita.

Antigüedad de la devoción a la Virgen del Carmen

El Testamento antiguo es la profecía del Redentor, como el nuevo es su historia. Aquel le anuncia, y éste le muestra. Pero nacido de mujer, *fruto del vientre*; no se le puede separar, no se le separa de su Madre, considerándole [illegible] de las entrañas de la tierra, del seno del barro. Aunque a la distancia debida y recibiendo de El los resplandores como la luna del sol la luz, desfila María con Cristo a través de las páginas de la Sagrada Escritura, sin que una haya donde no se la vea entre sus líneas o en sus letras. Desde que se prometió a nuestros primeros padres que ella quebrantaría la cabeza de la serpiente infernal, ocasionadora de la ruina del linaje humano, éste no apartaba los ojos de los horizontes del porvenir, esperando contemplar el amanecer de la aurora brillante de la suspirada redención.

Como depositario y revelador y apóstol de esta promesa, se había elegido a la descendencia de Jacob, de donde había de nacer la rosa con cuyo perfume se embalsamaría la humanidad, la estrella que la iluminaría con sus benéficos resplandores. Allí la esperanza del Mesías era tan segura y el deseo tan vivo y la idea tan constante, que puede decirse la vida nacional giraba en torno de este pensamiento, dominante hasta tal punto en las instituciones y en las costumbres que la mujer estéril o condenada a virginidad perpetua consideraba su estado como una desdicha o un oprobio, porque así parecíale perder la posibilidad de que brotase de sus entrañas el anhelado Redentor.

El cual por nadie fué mejor comprendido que por los Profetas. Lo que para los demás era futuro ellos adelantándose a los siglos y haciendo correr con mayor velocidad el tiempo, lo consideraban presente y lo veían en todos sus detalles. El más célebre entre éstos, el gran Elías que en carro de fuego en medio de un torbellino fué arrebatado al Paraíso de donde salió para presenciar la transfiguración de Jesús a quien acompañará cuando [illegible] vivos y muertos, subido a la cumbre del Carmelo pedía con las mayores ansias, la frente pegada al polvo, que terminase la sequía espantosa que asolaba desde hacía mucho tiempo el país. De pronto se levantó del mar una nubecilla no más grande que la huella del pie humano, e inmediatamente se la vió extenderse, agrandarse, cubrir el horizonte y convertirse en aguacero copiosísimo que refrescó y fertilizó la tierra endurecida y abrasada.

Figura de la Madre de Dios eran las nubes; por eso el pueblo elegido, el pueblo de las promesas, clamaba con Isaías: *Nubes pluant fustum*. Nubes las más altas del cielo, lloved al Justo, dejad paso a la eterna Justicia para que baje a besarse con la paz en lo hondo de la tierra.

Como nube entre la tierra y el cielo, había de estar la Virgen entre el hombre y Dios en calidad de perpetua mediadora. Ella, benéfica nube, templaría los ardorosos rayos del sol de justicia. De su seno descendería blanco y amoroso el refrigerante rocío por el que la tierra suspiraba. Levantarse habría sobre la humanidad a modo de nube que se eleva de las aguas donde se forma. Aunque no perdería nada de la humana naturaleza, se hallaba hermoseada, sublimada, transfigurada y glorificada por la gracia divina, al modo que la nube, compuesta de vapores, no tiene la forma de éstos sino otra de mayor hermosura y de muy vistoso color. El seno de la Virgen, finalmente, fué la nube que veló la majestad infinita suministrándole carne y sangre para que sus resplandores pudiesen llegar hasta nuestros ojos sin lastimarlos ni herirlos. ¿Era posible que un profeta cual Elías así no lo comprendiese?

Duplicado pasó a Elisea su espíritu, y continuó en generaciones de fieles israelitas que en aquel monte donde bajó fuego del cielo para abrasar las víctimas presentadas por el príncipe de los profetas y de este modo confirmar el culto del verdadero Dios sobre las ruinas de los ídolos de Baal, se retiraban a practicar la perfección de la ley, apartados de las ocupaciones que impiden al espíritu subirse a las alturas de contemplación, y lejos de un mundo corrompido y corruptor que olvidando los favores maravillosos debidos a Jehovah se prosternaba ante los dioses falsos de las naciones enemigas y opresoras. Enderezada toda la ley antigua a prefigurar y simbolizar el divino Emanuel ¿era posible que en sus deseos de que apareciese pronto para redimir al mundo, en las oraciones para acelerar su venida, se olvidaran de su madre, de la que había de parir virgen según el vaticinio de Isaías, y no le dieran culto, en un altar dedicado *Virgini pa-* [illegible] a lo menos en el altar de su corazón asociando a la madre en el amor al Hijo?

El monte Carmelo continuó siendo habitación de santos eremitas hasta el advenimiento del Redentor. ¿Hay alguna imposibilidad de que su Madre bienaventurada, durante algunos de los años que le sobrevivió, fuese a regalar con su visita a los que tanto deseaban verla; y que ellos, dichosos en contemplar a la que su padre Elías viera en espíritu y allí mismo la vió en figura de nube, le erigiesen un oratorio para recuerdo y para escitarse más en la devoción que le profesaban?

Así, pues, al venerar a María bajo el título de Virgen del Carmelo, o del Carmen como vulgarmente se pronuncia, nos remontamos con la consideración más allá de su nacimiento; la contemplamos no ya en la realidad sino cuando sólo vivía en la mente de Dios y de su pueblo, y nos unimos espiritualmente, los que tenemos la dicha de estar en un mundo purificado por la sangre redentora, con los que suspiraban porque viniese al mundo la mujer prometida en el paraíso, de la que habría de tomarse la sangre ofrecida en sacrificio expiatorio para la reconciliación de Dios con el linaje humano.

Devoción incomparable que une las dos alianzas, las dos Iglesias separadas por la cruz, y a los que gozamos de la maternal ternura de nuestra medianera y protectora nos pone en contacto, por decirlo así, con los que durante muchos siglos gemían huérfanos rogando al

CAM Caja Mediterráneo